

## XII.

## Las dos Soledades.

ENTRE las partidas que llegaron á la plaza á presentarse á Don Enrique, una sola traía prisioneros.

Estos eran, una mujer de la clase mas ínfima del pueblo, y á la que Don Enrique mandó poner en libertad, y un hombre á quien hizo traer á su presencia.

Los soldados condujeron á aquel hombre al alojamiento de Don Enrique.

—¡Don Diego!—exclamó el jóven—¿otra vez prisionero?

—¡Sí, Don Enrique!—contestó Don Diego—soy muy desgraciado!

—¿Pues qué os pasa?

—Me fué imposible encontrar á Doña Marina; en vano la he buscado todo el dia y toda la noche; no sé qué ha sido de ella: el cansancio me rindió, y he vuelto á caer prisionero. ¡Mandadme matar!

—Don Diego—replicó el jóven—os he dado mi palabra

de que quedaríais libre y que os devolvería á vuestra esposa, y os lo cumpliré.

Don Enrique se levantó y llamó á José el pescador, que siempre le acompañaba.

—José—le dijo—muchos de los vuestros son de la ciudad, y muchos quizá conocen á la esposa de Don Diego; hacedme favor de informaros si alguno la ha visto.

José salió inmediatamente.

—Tengo la esperanza—dijo Don Enrique—de que este hombre nos va á traer pronto buenas noticias.

—¡Dios lo haga!—murmuró el Indiano.

La agitacion del embarque seguía en el puerto; habian trasportado ya el botin á las naves y comenzaban á salir los botes cargados de gente.

La hora de la partida se acercaba, José no volvía y Don Diego era presa de una ansiedad mortal.

Por fin, José se presentó.

—¿Qué hay?—preguntaron á un tiempo Don Enrique y el Indiano.

—Pues ya he averiguado el paradero de la señora.

—¿Y adónde está?

—Anoche fué encontrada por unos marineros, y al verla tan hermosa, la ataviaron ricamente, y en una silla de manos y seguidos de una gran multitud, se la han regalado esta mañana al almirante Morgan.

—¡Dios mio!—gritó el Indiano—¡qué horror!

—¿Y qué hizo Morgan?—preguntó Don Enrique.

—Contestó que admitía el regalo y tomaba por suya á aquella dama, y la hizo conducir inmediatamente á bordo de su buque.

—¡Entonces no hay remedio!—exclamó con desesperacion el Indiano—¡está perdida para siempre!

—¡Oh! aun hay esperanza!—dijo Don Enrique;—esperadme aquí, y yo veré al almirante: os he dado mi palabra y la cumpliré.

Y tomando con precipitación su sombrero, salió, dejando á Don Diego en lucha entre el temor y la esperanza.

Morgan estaba en la playa mirando embarcarse á los piratas.

Enamorado de la belleza de Doña Marina, habia preguntado por ella, y sus marineros, con la ruda franqueza que les caracterizaba, le refirieron que la habian embarcado en la «Vénus,» por temor de que no se encontrase con la otra dama que estaba en el navío «Almirante.»

Morgan se rió de la discreción de sus soldados.

Don Enrique ocurrió á buscar á Morgan en su alojamiento; pero ya no le encontró, y se dirigió á la playa.

—Y bien, amigo mio—le dijo el almirante—¿estais ya listo para embarcaros?

—Para cuando vos querais mandarme; pero vengo antes á pedir os una gracia.

—¿Qué podré yo negar al mas valiente de mis oficiales?.....—contestó el pirata.—Hablad.

—Señor, vengo á pedir os la libertad de una dama que teneis en vuestro navío.

Don Enrique creia que Doña Marina estaba en el «Almirante;» Morgan, recordando que la dama que estaba en él era Doña Ana, y que Doña Ana habia hablado de Don Enrique, supuso que por ella se interesaba.

—¿Vos pedís la libertad de esa dama?

—Sí, señor; os lo suplico.

—¿Sabeis que esa dama os conoce y sabe vuestro verdadero nombre?

—Sí, señor—contestó Don Enrique, sin reflexionar cómo habia sabido esto el almirante;—la conocí en México.

—¿Y sabeis que esa dama es enemiga vuestra?

—¿Cómo lo habeis averiguado?

—Eso yo solo lo sé; ¿pero vos la conocíais por vuestra enemiga?

—¡Oh! sí, señor, desde México lo es, y por lo mismo quiero vengarme de ella haciéndole un servicio.

—¿Entonces la amais, ó la habeis amado alguna vez?

—La amé en otro tiempo.

—¿Y os pagó mal?

—Muy mal.

—Es extraño que seais tan generoso; yo os lo apruebo; pero antes decidme: ¿por qué no la conservais ahora para vos?

—Quiero ser bueno con ella, por lo mismo que ella no lo fué conmigo.

—Bien; os concedo su libertad.

—Gracias, señor, gracias.

—Pero que no sea hasta que todos estemos embarcados: vos ireis con Juan Darien á la «Vénus,» y disponed que cuando se tire el cañonazo para levantar anclas, un bote con remeros del país vaya al «Almirante» á recibir á esa dama.

—Gracias, señor.

Don Enrique volvió ligero adonde le esperaba el Indiano.

—Don Diego—le dijo—preparad un bote con cuatro remeros, y al sonar el cañonazo, enviadlo al navío «Almirante» y entregarán á vuestra esposa.

—Iré yo mismo.

—No; temo que os conozcan como al jefe que defendia

el castillo pequeño, y todo se descomponga; esperad mejor en la playa.

—¿Y cumplirá el almirante?

—Respondo con mi vida.

—Adios; voy á embarcarme; no olvideis mi cita.

—No.

Y Don Enrique volvió á salir y se encaminó á la playa, en donde le esperaba ya Juan Darien para embarcarse.

Don Enrique saltó al bote en compañía del campechano.

—Habeis—le dijo este—llevado á efecto una gran accion, segun me ha contado el almirante.

—¿Qué accion?—preguntó Don Enrique, no creyendo que lo que habia hecho por Doña Marina llamase tanto la atencion de aquellos hombres.

—Vaya! conseguir la libertad de esa dama, que además de haberos hecho en otro tiempo no sé qué averías, no se ha contentado con ello, y sigue dándoos caza.

—¿Qué queráis que hiciese? estaba en desgracia.

—Quizá aun no sabeis lo mejor.

—¿Qué cosa?

—Díjonos que habíais entrado á la ciudad dando al gobernador aviso de nuestra llegada.

—¿Y vosotros?.....

—Ya; el almirante se rió de la noticia, que conocia bien vuestra arboladura; yo seguí á la capa las aguas de la capitana.

—¿Pero esa dama dijo de mí tal cosa?

—Y aseguró que vuestro nombre era.....

—¿Cómo?

—Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

Don Enrique palideció; sentia cierta especie de rubor de

que el noble apellido de sus antepasados fuese conocido entre aquellas gentes.

—¿Y es cierto?—preguntó Juan Darien.

—Secretos míos son esos que nadie tiene derecho de inquirir, á menos de que esté muy cansado ya de la vida; para vos y para todos soy aquí Antonio el cazador, conocido con el sobrenombre de Brazo-de-acero, sobrenombre que no en vano llevo, y que seria peligroso probar si lo merezco.

Don Enrique habia pronunciado aquellas palabras con una entonacion tan firme, que no se podian tomar de otra manera que como una amenaza terrible saliendo de aquella boca. Juan Darien lo comprendió y se puso encendido.

—Razon teneis—dijo;—entre nosotros los secretos deben ser sagrados, y ni la indiscrecion es perdonable; una imprudencia puede costar cuando menos una avería en el aparejo: teneis razon; dejemos esa sonda, y la proa á otro rumbo: se acabó, no me guardéis rencor.

—Nunca; os quiero por valiente y por franco.

Don Enrique tendió su mano, y Juan Darien la estrechó con efusion.

Tocaban en este momento el costado de la «Vénus,» la escala estaba lista y los dos subieron ligeramente por ella.

Parecia que no se esperaba mas que esto para dar la señal, porque casi en el mismo instante una nubecilla blanca se desprendió del navío «Almirante» y corrió un largo trecho sobre la superficie del mar, y se escuchó la detonacion del cañonazo.

—¿Bajais á tomar conmigo una copa por el buen viaje?—dijo Juan Darien.

—Pronto os sigo; espero aquí ver algo que me interesa.

—¡Ah! el rescate de vuestra protegida. Os aguardo abajo; teneis un corazon como una perla.

Juan Darien se separó de allí, y Don Enrique se quedó mirando á la playa.

Apenas sonó el cañonazo, una lancha con seis vigorosos remeros se desprendió del puerto, y como si volara sobre las aguas, atravesó hasta llegar al navío «Almirante.»

Llegó apenas allí, bajó la escala y descendió por ella una dama, que fué recibida por los bogas con muestras de gran respeto.

La lancha, con la misma ligereza volvió al puerto, adonde se distinguia un hombre que esperaba, rodeado de algunas mujeres.

La escuadra de Morgan recibia en sus velas un viento favorable, y comenzaba á deslizarse ligera en el Océano.

Don Enrique se alejaba, pero no cesaba de mirar á la playa.

Allí pasaba una escena que le pareció extraordinaria.

La lancha habia llegado, la dama habia saltado á tierra, el hombre con los brazos abiertos habia salido á su encuentro; pero cuando Don Enrique creia que iban á estrecharse en un tierno abrazo, vió que el hombre retrocedió, la dama se dirigió á las demás mujeres que habia en la playa, y luego cayó como desmayada.

El hombre corrió hácia el mar como para precipitarse en sus olas, y los bogas que habian conducido la lancha le detuvieron: comenzó entonces una lucha, cuyo fin no pudo ya alcanzar Don Enrique; las velas de un navío se interpusieron.

Cuando pudo volver á mirar estaba muy lejos.

—¿Qué habia sucedido? ¿qué significaba todo aquello?

Don Enrique se perdia en un mar de conjeturas y per-

manecia absorto, cuando oyó la voz del pirata campechano que le decia:

—Antonio, creo que ya nada veis de la tierra; vamos, que os espero para tomar por el buen viaje.

Don Enrique, meditabundo, siguió á Juan Darien.

—Veo—le dijo éste—que aun estais conmovido; habeis quizá hecho mal en soltar esa dama: ¡qué demonio! un hombre como vos merece que le quieran las mujeres; mala racha me sople si yo en vuestro caso no hago lo que el almirante.

—¿Qué ha hecho?

—Traerse una gacela de tierra que vale mas que la «Venus» con todo y el botin de Portobelo: real moza, con unos ojos como dos soles, y vamos.....

—No sabia yo.

—Pues aquí viene; como que fué un regalo de los marineros de la armada.

—¿Cómo?—preguntó espantado Don Enrique, presintiendo algo de terrible.

—Sí; ¿no oísteis hablar de la dama que los marineros regalaron al almirante?

—Sí; pero es la misma que ha vuelto al puerto.

—¿Habeis perdido la brújula? Esa dama que fué al puerto, es la que tomamos prisionera la noche del desembarco en la estera, y que tan mal nos habló de vos.

—¿Doña Ana?

—No sé cómo se llamará; pero no es la del almirante.

—¿Y esa?

—Aquí está; venid á verla.

Juan Darien condujo á Don Enrique, que le seguia como un loco, sin comprender lo que le pasaba, y le puso delante de una dama que estaba cerca de allí en un sitial, pero

á quien no habia visto, fija como estaba su atención en otra parte.

—¡Doña Marina!—exclamó Don Enrique.

—¡Don Enrique!—gritó la dama reconociéndole.

—Buen viento—dijo Juan Darien;—este vigía conoce todas las banderas del enemigo.

Y dejando á Don Enrique con la dama, se retiró silbando un aire de su patria.

El Indiano esperaba con una febril impaciencia el momento en que la armada de los piratas se diera á la vela.

Presenció los últimos aprestos, y miró embarcarse en los botes á los últimos soldados.

Tenia ya preparada una lancha para botarla al mar en el instante en que sonara el cañonazo que le habia indicado Don Enrique.

Por fin, todo estaba listo en los navíos, y la señal deseada sonó en el «Almirante.»

El Indiano vió deslizarse sobre las ondas aquella lancha que iba con su esperanza para tornar con su felicidad y con su honra.

Algunas damas de la ciudad abandonadas por los piratas rodeaban á Don Diego, que anhelante seguía con sus miradas todos los movimientos de aquella lancha, temiendo á cada instante ver disipadas sus ilusiones ó que Morgan faltase á su palabra, y que un cañonazo disparado por el navío echase á pique á los que iban por Doña Marina; todo lo esperaba de los piratas.

Las damas que acompañaban á Don Diego participaban de la terrible ansiedad, y nadie se atrevía á hablar sino para sí.

—¡Ya llegan!—dijo el Indiano.

—Baja la escala—gritó una mujer.

—Ya está allí—dijeron todos, al ver que descendía del buque una mujer.

La lancha tornó á la playa, y Don Diego quería volar á su encuentro.

Atracó por fin, y la dama saltó, con la cabeza cubierta por un velo; Don Diego se arrojó á su encuentro con los brazos abiertos, y lanzando un grito de desesperacion retrocedió.

Habia reconocido á Doña Ana.

—¡No es ella!—exclamaba—¡no es ella! ¡Ah! me han engañado! me han burlado! ¡Infames!

—¿Y Doña Marina?—preguntó una dama á la espantada Doña Ana.

—Creo que va en otro navío—contestó.

—¡Es preferible la muerte!—exclamó Don Diego, y se lanzó á la playa.

Los bogas de la lancha comprendieron su intencion, y antes que hubiera llegado á la orilla, se habian apoderado de él.

—¡Dejadme! ¡dejadme morir!—aullaba el Indiano—¡Mi esposa! ¡Marina! ¡favorita de un pirata! ¡Oh! dejadme morir, ó sereis tan infames como ellos!

Y Don Diego luchaba con los que trataban de contenerle.

Entretanto, Doña Ana se habia dirigido á una de las damas, y le habia preguntado:

—¿Sabeis de Don Cristóbal de Estrada?

—Murió en el combate—contestaron.

Doña Ana lanzó un grito y cayó desmayada en la arena.....

Don Diego se habia calmado con los esfuerzos de los ma-

rineros y las reflexiones de las damas, y permanecía sombrío y silencioso.

Doña Ana volvió en sí, miró al Indiano un momento, y luego arrodillándose á sus piés, exclamó:

—¡Soy sola ya en el mundo! sed mi padre, mi amparo, mi hermano! Vivid para vuestra hija! vivid para vengaros!

Don Diego la contempló un momento, y luego exclamó:

—¡Viviré, y nos vengaremos!.....

### XIII.

#### A bordo.

Doña Marina no era ya aquella mujer sencilla que hemos conocido en la capital de Nueva-España, que hablaba ese idioma poético y bíblico de los habitantes del Nuevo-Mundo. Era ya una dama con todos esos requisitos nimios de la civilización europea.

Cuando Don Enrique reconoció á la mujer del Indiano, un torrente de ideas horribles brotó de su cerebro.

Don Diego creeria que él le habia engañado, que en todo aquello habia una infame mistificación de la que él era el autor, que le creerian capaz de haberse vengado de una manera tan vil, y su conducta, de que él mismo estaba tan satisfecho, se pintaria con negros y vergonzosos rasgos.

—Don Enrique—dijo Doña Marina, que fué la primera que pudo hablar—¿esto es obra de vuestra venganza?

—Señora—contestó él trémulo—Dios me libre de haber pensado jamás en una venganza tan indigna.